



SOMERSCALES

ga á ponerse también en el punto de vista canino: ¿y ha sido oído alguna vez el perro en el litigio? Si se le oyera ¡qué formidables argumentos esgrimiría en contra nuestra!

Desde luego, con respecto á la moralidad, podría arguir que la especie canina jamás ha cometido crímenes como los humanos: en ella no se conocen los perros suicidas, ni se ha visto jamás un can armado de puñal, ni perros desfalcadores, ni perros con saldos en contra, y si hay algún ratero entre ellos ha sido amaestrado por el hombre. Siguen á una hembra por la calle; y los hombres no se acumulan por cente-

nares detrás de cualquiera ocupación? ¿no persiguen á las mujeres por todas partes? ¿no las hostilizan despiadadamente en los portales? Y sin embargo, si un día se reuniera un tribunal de perros y condenara á muerte á algún joven portalista, ¡qué escándalo no formaría entre éstos el incidente!

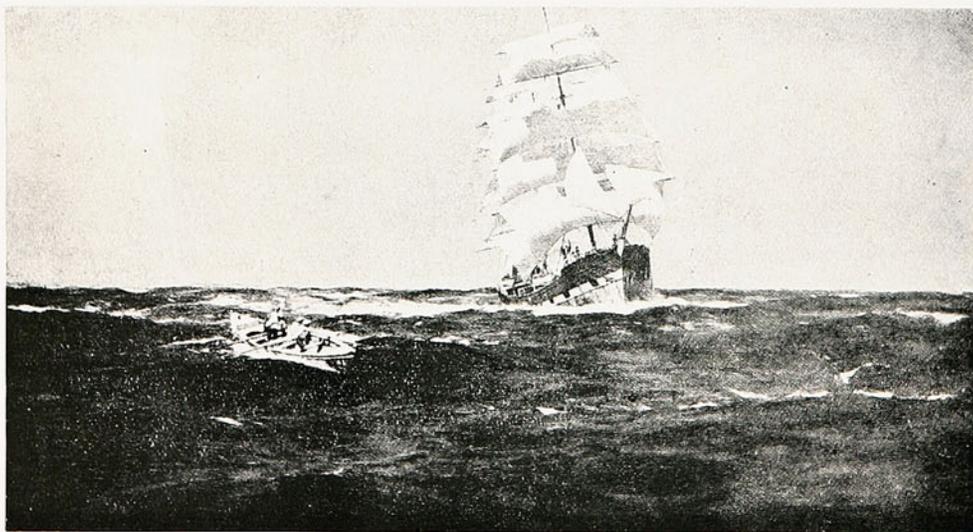
¡Que les gustan las pantorrillas! Pero, ¿caso los hombres se tapan los ojos ante una falda que, al andar, se levanta más de lo corriente? ¿no es esa una de las más exageradas aficiones humanas?

¡Que los perros son propensos á la hidrofobia! ¿Pero, por fortuna, fueron los perros los que inventaron el vino? ¿Y no es tanto el horror que tienen los hombres al agua que, cuando se les da en alguna abundancia, se ahogan?

Bien sé que los defensores de la perrera responden á todos esos argumentos diciendo que ella sólo amenaza á los perros vagos, y de ningún modo á los que tienen amo, pues éste los defiende y los salva. Pero esta es una perfidia: ello es apoyarse cabalmente en la ingratitude del hombre para destruir á los perros. Y antes de probarlo, digamos que si los perros establecieran un «hombreira» municipal para los hombres vagos, ¿cuántos de éstos morirían con el gas de alumbrado!

Ahora, hé aquí un hecho que manifiesta la la sinceridad de ese argumento.

No lejos del Santa Lucía vivía, no ha mucho, una señora solterona que poseía un quiltro regalón. *Copito* era un perro ideal: blanco como el armiño, con una alma de paloma, ascado y limpio como el bolsillo de un empleado á 25 del mes, de un carácter dulcísimo que se transparentaba en la azul serenidad de unos límpidos



ojos; y sobre todo no era enamorado. Un solo defecto tenía: que en el invierno solía fugarse de la casa, y no por mala índole ó por afición aventurera, sino porque en la vecindad vivía una corista del Municipal que ensayaba de día sus papeles y ponía en fuga á todos los perros del vecindario.

En una de estas salidas, Copito fué cogido por un guardián y llevado á la perrera. Su dueña lloró amargamente y removi6 toda la ciudad y puso en campaña á toda la policia para hacer buscar á su regalon; al fin se acord6 de la perrera y allá se fué. Present6se llorando al administrador, que, por la abundancia de las lágrimas la crey6 viuda por lo menos de unos siete maridos. Entre sollozos pudo la señora darse á entender y el administrador la llev6 al depósito: allí estaba Copito, entre una turba de descamisados caninos, y recibió á su ama

con transportes de alegría; un largo abrazo y un dulce beso fueron la señal del mutuo cariño.

La señora quiso salir al punto y llevarse á Copito, pero el empleado la detuvo, diciéndole que debia pagar cinco pesos para poder sacar á Copito.

—¡Cinco pesos! ¡Qué barbaridad? Déjeme por tres siquiera!

—No estamos en las tiendas, señora: aquí no hay rebaja.

—¿Ni un centavo menos de cinco pesos, señor?

—Ni un centavo. Entonces, me resignaré, señor, á... ¡dejar á Copito!!

Y Copito quedó abandonado y murió al día siguiente de una indigestion fogosa de gas. Aquel gran cariño, aquella amistad estrecha de tantos años valian menos de cinco pesos.

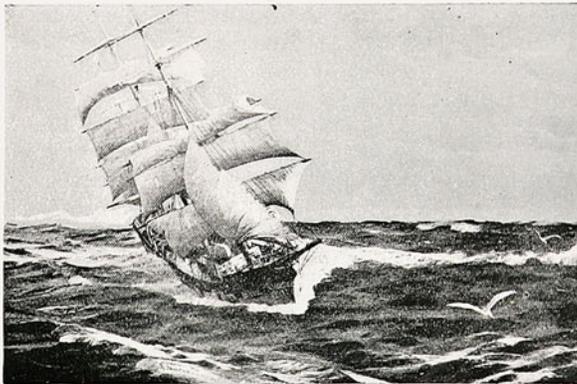


RONQUILLO



SOMERSCALES

Vuelve á Chile, después de una ausencia de más de diez años, este célebre artista inglés, de cuya gloria participa por mucho nuestra tierra, ya que aquí, en el pintoresco Valparaíso, germinó y se desarrolló el gran talento artístico del famoso pintor de marinas. Es el de Somerscales un caso evidente de verdadera vocación artística.



Oficial de la marina británica, fué en sus viajes al través del océano donde aprendió á conocer el misterio de las olas y á amar la grandiosidad de su belleza.

Ignoramos por qué causa decidió fijar su residencia en Valparaíso. Ello es que allí

pintó sus primeras marinas, remembranzas casi todas ellas de sus impresiones de á bordo.

Ya en posesión de la técnica de su arte, pose-

sión adquirida por el propio esfuerzo, pues que no tuvo maestros, ni consultores, ni siquiera críticos, resolvió trasladarse á su patria, llevando algunos de sus mejores cuadros.



PAISAJE — P. LIRA

En 1893 se presentó por primera vez á la «Royal Academy» de Londres. Y este fué el punto de partida de su fama. Críticos y pintores convinieron en que los cuadros de este marinista, que por primera vez aparecía en Inglaterra, eran realmente admirables.

Poco después, su «Corbeta acortando velas para auxiliar á marineros náufragos» (*Corvette shortening sail to pick up a shipwreck crew*) fué colocado en la sexta galería de *Burlington House*. Es esta tela un estudio de alta mar en gran tamaño. Olas pesadas y enormes bajo un cielo vasto y claro. Casi en el centro del cuadro un barco que arrea rápidamente sus velas para socorrer á unos marineros que, desesperados, piden auxilio desde un bote que se ve en primer término. Este cuadro es de un empuje vigoroso y la suma de conocimientos que en él se advierte demostró claramente que su autor no era un pintor joven, pues con sólo

apreciar el estudio concienzudo del mar, se advertía una larga experiencia.

Un conocido crítico al analizarlo, llegó á decir que veía en él la influencia patente de Henry Moore. Sin embargo, tal cosa no existía. Somerscales, como hemos dicho, había encontrado los secretos de su arte solo, al arrullo de las brisas del mar, lejos de la influencia de Moore ó de cualquier otro pintor de marinas.

En 1899 la «Royal Academy» reconociendo oficialmente los grandes méritos del notable marinista, colgó una de sus telas en la *National Gallery of British Art*, museo que en In-

glaterra corresponde al *Louvre* en Francia. El cuadro merecedor de tan alta distinción fué el intitolado *Off Valparaiso*, cuya reproducción adorna la página anterior. Es una de las obras más sencillas, delicadas y hermosas del afamado artista.

Del 89 acá, Somerscales ha continuado exhibiendo año á año en la «Royal Academy».

El cuadro «*Making sail after a Blow*» (amarrando las velas después del ventarrón), que también reproducimos, es el exhibido por el artista en 1903.

Dada esta rápida noticia acerca del distinguido pintor, hoy huésped de nosotros nuevamente, sólo nos resta presentarle nuestro afectuoso saludo de bienvenida y los votos que hacemos porque le sea siempre amable este país, que se enorgullece de haber contribuido al desarrollo de su gran talento artístico.

CH. I.



EL BUQUE NÁUFRAGO

Cuando acababa yo de almorzar con mi antiguo amigo Jorge Garin, un criado le entregó una carta llena de sellos extranjeros.

Jorge me dijo:

— ¿Me permites?...

— Eres muy dueño...

Y se puso á leer ocho páginas de una letra inglesa, cruzada en todos sentidos.

Leíalas con lentitud y con ese interés que provoca todo cuanto llega al corazón.

Después dejó la carta sobre la chimena y exclamó:

— He aquí una historia que nunca te he referido,